

Dedicatoria a Jesucristo

De mi deleznable sér
nada te puedo ofrendar,
Haré sólo, devolver
lo que al sol el rosicler,
lo que las nubes al mar,
Las gotas que aquí te dejo
cayeron de tu panal.
Es de tu amor el reflejo
que vuelve a Tí, del espejo
de mi alma de cristal.
De tus jardines brotadas
flores que mi mano asíó,
Todas están deshojadas:
¡Estaban tan empinadas
y soy tan pequeño yo!

Samaritano

En esta misma vuelta del sendero,
donde un empeño loco me fendió;
me curaste otra tarde mis heridas,
diestro Samaritano del dolor.
Así también entonces, inclinado,
la mano en mi apagado corazón,
hablabas a mis ojos extraviados
en el fulgor del moribundo sol.
Yo juré no volver por esta senda,
y pagarte mi vida con mi amor:
Qué fué de mis promesas?... bien lo dicen
esta senda, este llanto y tu perdón.

¡Pobre Hombre!

¿Lo has oído, mi Bien? Aún nadie sabe
esta dicha interior que reina en mí:
"pobre hombre"! me han llamado y tal me creen
¡cuando te tengo a Tí!

Y me miró con ojos compasivos
creyéndome infeliz,
e ignora que tras un vallar de espinos
oculta sus delicias un jardín.

Le contaré su engaño y mi ventura?
¿la dicha de tenerte sólo a Tí?
—No: que sigan creyendo en mi desgracia
¡mientras yo soy feliz!

Súplica

Líbrame de los males traidores,
espinos con flores,
de los males que hacen gozar.

Déjame con los males mejores,
espinos sin flores,
de los que hacen tan sólo penar.

D. Gastón, S. J.